



CONFIANZA APASIONADA Y OTROS AFECTOS

PASSIONATE CONFIDENCE AND OTHER ASPECTS

Patricia Revuelta Mediavilla*

RESUMEN

La relación entre razón y emociones ha sido una cuestión polémica y recurrente a lo largo de la historia del pensamiento. En los últimos años este viejo debate recobra interés a raíz de novedosos estudios empíricos y teóricos de las emociones en distintos campos. Este renovado interés no sólo ha producido numerosos estudios dentro del ámbito académico, sino que ha dado lugar a cierta literatura de auto-ayuda que se ha agrupado en torno a lo que venido a llamarse «inteligencia emocional». Parece que Pascal acertó cuando afirmó que «el corazón tiene razones que la razón no entiende» y cada vez cobra más fuerza la tesis de que las emociones, lejos de interferir en la toma de racional de decisiones, pueden llegar a fomentarla. El análisis de la confianza puede servir para aclarar algunos aspectos claves sobre la compleja convivencia entre razón y emociones.

Palabras clave: emociones, razón, confianza.

ABSTRACT

The relationship between reason and emotions has been a polemic and constant matter along the history of thought. During the last years this old debate recovers interest immediately after new empirical and theoretical studies about emotions in different fields. This renewed interest not only has produced numerous studies inside the academic world, but it has also given birth to a certain kind of self-help literature gathering around the so-called «emotional intelligence». It seems that Pascal was right when he stated that «the heart has reasons that reason does not understand» so that the thesis defending that emotions, far from interfering in the capture of rational decisions, can even encourage it. The analysis of confidence may serve to clarify some clue aspects about the complex cohabitation between reason and emotions.

Key words: emotions, reason, confidence.

* Licenciada en Humanidades. Profesora en la Universidad Pontificia de Salamanca.

1. EL COMPLEJO UNIVERSO DE LAS EMOCIONES

Ningún aspecto de nuestra vida mental es más importante para la calidad y el significado de nuestra vida que las emociones. Las emociones son la materia de la vida, hacen que ésta merezca ser vivida o incluso que deje de tener sentido. Nuestras emociones más fuertes nos mantienen despiertos de noche, cambian nuestra percepción del mundo y nos movilizan a hacer maravillas, cuando no nos paralizan. Una existencia carente de emociones carecería de sentido. Como apunta Elster, «las criaturas sin emociones no tienen razones para vivir ni tampoco para suicidarse» (Elster, 2003).

Aún siendo un aspecto tan importante e inherente al ser humano, las emociones no siempre han sido consideradas objeto de reflexión en filosofía y en ciencias sociales. Aunque muchos filósofos han hablado de emociones (entre ellos Platón, Aristóteles, Spinoza, Descartes, Hobbes, Hume, Kant) e incluso han elaborado teorías sobre ellas¹, las actitudes y las tendencias a considerarlas un tema serio y de interés teórico han sido variadas. Aristóteles las toma muy en serio y su *Retórica* en una introducción imprescindible. También es el más perspicaz, evitando las construcciones inverosímiles que podemos encontrar en Descartes o Hume. No podemos decir lo mismo de los estoicos, quienes adaptan y hacen suya la hipótesis socrática de que la virtud no es nada más que conocimiento, y añaden la idea de que las emociones son esencialmente creencias irracionales. La tradición filosófica del siglo XVII denominaba a las emociones «pasiones del alma»; y los numerosos discursos sobre las pasiones y los afectos durante la edad moderna ofrecían una imagen de este complejo disposicional que, sin duda, dificultaba la inserción del mismo en la realización moral de las personas. El primer rasgo que encontramos en la caracterización de las emociones es su pasividad: pasan en el sujeto sin su intervención, por lo que no existe responsabilidad sobre su sostenimiento. Este aspecto de las emociones obliga a pensar en un control racional, activo, por parte del sujeto racional y moral en ejercicio de su libertad y espontaneidad.

Ya en el siglo XX llama la atención el «desprecio» del que ha sido objeto el estudio de las emociones por parte de la filosofía de la mente y de la psicología. Quizá esto sea debido a la variedad de fenómenos que se enmarcan con la palabra «emoción» y la dificultad que entraña concebir

¹ En general, han sido concebidas como respuestas a ciertos tipos de acontecimientos de importancia para los sujetos, que provocan cambios corporales y motivan algún tipo de conducta característico.

una teoría coherente sobre este fenómeno tan complejo. No existe un criterio que nos permita distinguir entre fenómenos tan distintos como estados de ánimo como la depresión, el mal humor, la angustia; sensaciones de hambre, sed, excitación sexual; emociones como el miedo, la ira; estados emotivos a largo plazo como el amor, el resentimiento, la envidia; emociones epistémicas como la sorpresa o la esperanza. La lista puede continuar tanto como queramos para mostrar que, aunque siempre encontremos algo en común entre fenómenos de este tipo, nunca encontramos algo que todos ellos tengan en común. Tanto la heterogeneidad y variedad de formas, como las diversas causas y manifestaciones de las emociones, dificulta elaborar un concepto de emoción coherente y bien definido sobre el cual hacer una teoría formal de las emociones². Ante esta complejidad, hay quienes incluso han negado la existencia de emociones como una clase natural sobre la que estudiar³.

Pero el hecho de que las emociones sean intratables desde el punto de vista teórico, no les resta interés e importancia. El «apasionado» tratamiento del que han sido objeto en la literatura emociones tales como el amor romántico, la compasión, los celos, la culpa, el orgullo, la venganza, etc. revelan su papel esencial en la vida, aunque la ciencia y la reflexión filosófica no acierten a descifrar los enigmas que plantean. Así, Elster nos dice que todo lo que ha aprendido sobre algunas emociones lo ha hecho leyendo a los novelistas o a los moralistas franceses de los siglos XVII y XVIII, a diferencia de la decepción que le ha producido toda la literatura psicológica (Elster, 1999: 50).

En los últimos años los estudios empíricos y teóricos de las emociones se acumulan a un ritmo cada vez más acelerado. El conocimiento científico del cerebro empieza a arrojar luz sobre el comportamiento de la mente y sobre cómo las emociones participan en él. Esto ha provocado un creciente interés tanto en filosofía de la mente, como en otras ramas de la ciencia cognitiva. A la vez se está produciendo un fructífero intercambio entre investigaciones de diferentes perspectivas académicas, lo que hace que no sea útil estudiar las emociones desde una

² Existe gran desacuerdo sobre el lugar que ocupan las emociones en la topografía de la mente, en particular con respecto a cómo se relacionan con manifestaciones corporales, con la motivación, y con las creencias y deseos. En este sentido, siguiendo a Broncano, 2001, ha existido una tendencia en reducir las emociones a otras instancias que se consideran más tratables, interesantes filosóficamente o simplemente irrelevantes: perturbaciones fisiológicas, conductas, disposiciones; de otro lado actitudes proposicionales o juicios evaluativos de orden superior o, lo que suele ser más común, una mezcla de ambos aspectos.

³ Elster (1999:239) afirma: «Inquirir acerca de la naturaleza de la emoción y de la relación entre la racionalidad y la emoción parece presuponer que el concepto de emoción es coherente y está bien definido, o, lo que es equivalente, que las emociones forman una clase natural». Pero no la forman.

sola disciplina. En la actualidad, ya no tiene sentido, por ejemplo, hablar de filosofía de las emociones, sin tener en cuenta los enfoques de otras disciplinas como la psicología, psicología social, neurología, biología evolutiva, inteligencia artificial, e incluso de la economía.

Aunque sigue el desacuerdo sobre qué son las emociones, e incluso si en último término son algún tipo de cosa, todos estos estudios han contribuido a actualizar la vieja cuestión sobre la difícil cohabitación entre emociones y razón. La perspectiva tradicional mantiene que las emociones suponen un estorbo para la razón, mientras que los estudios recientes defienden una perspectiva revisionista según la cual, las emociones, lejos de inferir en la toma racional de decisiones, pueden incluso fomentarla.

2. «EL CORAZÓN TIENE RAZONES QUE LA RAZÓN NO ENTIENDE»

Como señala Casacuberta, la cultura occidental ha mantenido, por lo menos desde el Renacimiento, una postura un tanto ambivalente en relación a su valoración de las emociones, sin que las razones de ello sean claras. Algunas teorías feministas apuntan que se debe a otra faceta más del pensamiento patriarcal que postula una razón superior, masculina, basada en la acción directa frente a formas femeninas de contemplar el mundo y la sociedad, más apoyada en valores comunicativos y sentimientos⁴. Otra razón de la mala prensa de las emociones puede derivar de la controvertida concepción normativa de los estoicos según la cual todos los juicios evaluativos relativos a las emociones son falsos y, por tanto, la virtud pasa por controlar pasiones, deseos y emociones. Los estoicos apelaban una vida anclada en la razón, libre de los condicionantes emocionales, una vida de «apatía», de ausencia de alteraciones en el alma⁵. El control de las pasiones ha de proceder, o bien a su aniquilación y disolución, o bien a su apaciguamiento y moderación, para que la espontaneidad estrictamente moral del sujeto no se vea arrastrada por su naturaleza animal. Incluso desde la tradición romántica, que coloca las pasiones en el centro de la individualidad humana y de la vida moral, se enfatizara esta contienda con la razón. Para la tradición romántica el valor de las emociones está en su irracionalidad, en las energías irreflexivas que conllevan y que escapan al control de la razón.

Ciertamente, el apremio e intensidad de las emociones hace que se apoderen de la personalidad e impulse a la acción de un modo arrollador;

⁴ Esta idea es sostenida por Casacuberta (2000: 9).

⁵ El budismo también mantiene como ideal vital la «liberación» de las emociones.

además resultan demasiado parciales y tendenciosas, siendo la fuente más poderosa de nuestra capacidad de autoengaño. Las emociones conllevan problemas para el juicio, el razonamiento y la voluntad de varias formas: prestan atención de modo parcial e irregular, hacen a la persona inestable y excesivamente dependiente y construyen proyectos y metas inmorales. Todo lo cual apoyaría la tesis estoica que nos aconseja guiarnos por formas de razonamiento más objetivas y tener una actitud terapéutica hacia ellas. Los ejemplos son cuantiosos. Todos nos hemos arrepentido en innumerables ocasiones de haber mostrado vergüenza, ira, o temor, y de las conductas que estos sentimientos nos han provocado; o bien nos hemos obstinado por un amor correspondido sin que nada ni nadie lograra desprender la venda de los ojos que nos cegaba.

Sin embargo, otros estudios demuestran cómo las emociones son indispensables para la racionalidad práctica, además de buenas consejeras⁶. Los psicólogos actuales han descubierto que la función positiva de las emociones a la hora de tomar decisiones es enorme. Sin ellas prácticamente no podríamos plantearnos ninguna actividad, por simple y racional que pareciera. Y las decisiones a las que nos conducen son tan racionales, correctas y ajustadas a la realidad como a las que nos llevaría un pensamiento racional puro. Esto no significa que las emociones siempre sean útiles, sino que los beneficios que se derivan de las emociones superan con creces los inconvenientes⁷.

Antonio Damasio ha reunido un importante conjunto de pruebas neurológicas que sugiere que las emociones juegan un papel esencial en el funcionamiento del razonamiento diario. La tesis central de Damasio en *El error de Descartes* es que la distinción entre emoción-razón es inexacta y engañosa y para demostrarla utiliza los descubrimientos hechos en pacientes que sufren lesiones cerebrales específicas y otras causas neurológicas que implican déficit emocional de algún tipo. Los pacientes de Damasio muestran dificultades a la hora de establecer prioridades, tomar decisiones, llevar a cabo tareas y sentirse motivados. El funcionamiento inadecuado del sistema emotivo afecta tanto a la memoria como a la voluntad: los sujetos no ordenan o marcan adecuadamente las entradas en la memoria, y por consiguiente tienen problemas para recuperar la información; tampoco son capaces de «compromisos» reales, que exigen la movilización de todos los recursos para

⁶ La lista es muy larga. Entre los más conocidos figuran Damasio, 1996, 2005; Frank, 1988; LeDoux, 1999; Nussbaum, 2007, etc.

⁷ Las tesis evolucionistas nos dicen que si las ventajas de poseer emociones no superaran jamás las desventajas, los seres emocionales no hubieran evolucionado nunca.

mantener un curso de acción frente a las contingencias. También muestran una capacidad reducida para enjuiciar a otras personas o situaciones. Son personas que razonan mal, dudan, toman decisiones equivocadas, se perjudican a sí mismas planificando erróneamente su futuro y se muestran groseramente indiferentes a la realidad de su conducta de manera que no pueden sostener buenas relaciones con los demás.

Otros trabajos difundidos dentro de la psicología evolucionaria señalan el papel de las emociones en la moralidad. Algunos autores, como Steven Pinker, argumentan que ciertas emociones están específicamente diseñadas para ayudarnos a obrar moralmente. Esto va en contra de la línea kantiana, heredera en este tema de la estoica, de considerar que la única manera de obrar moralmente es respetando la ley moral de forma absoluta, no por el sentimiento que nos produce, sino por pura obediencia a la ley. Para Kant, aunque las emociones pueden llevarnos en ocasiones a hacer lo correcto, estas acciones emocionalmente inspiradas no son auténticamente virtuosas.

Una de las cosas que comparten estos estudios de diferentes disciplinas es el tratamiento que hacen de las emociones como casos de «irracionalidad racional». Usamos racionalmente las emociones para promover nuestros objetivos a largo plazo, en parte porque son barreras a la deliberación racional. Las emociones nos salvan de la propia racionalidad, nos libran de la necesidad o tendencia a razonar demasiado, a menudo en detrimento de una respuesta rápida más conveniente⁸, o bien en detrimento de una conducta adecuada para formar relaciones cooperativas con otros⁹. En términos sociales, las emociones nos sirven como «mecanismos de compromiso», evitando que actuemos motivados por el interés más inmediato¹⁰.

Como nos explica Broncano, el paso del grupo a la sociedad implica la aparición de instituciones y normas estables y, por consiguiente, la capacidad de exigir derechos y obligaciones. La relación entre normas e instituciones y el comportamiento emocional es uno de los problemas filosóficos de más larga tradición¹¹. Algunos ven en las emociones la

⁸ Resultaría peligroso pararnos a pensar si el doberman que se nos acerca con actitud desafiante resulta un peligro eminente o no. De forma inmediata sentimos miedo y eso nos prepara para salir corriendo. La automaticidad de las emociones nos permite actuar de forma inmediata, preestablecida, y por tanto muy rápida, ante eventos clave que pueden poner en peligro nuestros planes y objetivos más queridos, quizá hasta nuestra propia supervivencia.

⁹ Emociones como la culpa dan respuesta a algunos dilemas de racionalidad que se plantean dentro de la Teoría de la Elección Racional y la Teoría de juegos, como en el caso del famoso Dilema del Prisionero.

¹⁰ Shelling es el primero en advertir que, en un escenario de negociación, un actor que logra convencer a los demás de que es un sujeto emotivo, propenso a reaccionar de forma irracional, puede salir beneficiado.

¹¹ Esta idea se desarrolla en Broncano (2001).

solución a un problema teóricamente insoluble: cómo son capaces los grupos de resolver los dilemas de racionalidad colectiva¹². Para que esto suceda, es importante que las emociones se muestren en la cara y en la conducta y que comuniquen estados mentales. Las señales emocionales involuntarias nos proporcionan parte de la información más fiable sobre el carácter de otras personas. Pero, además, no sirve fingir, tratar de engañar aparentando sentimientos, falsos, inexistentes. El cerebro humano tiene una especial habilidad para distinguir una expresión emocional sincera de una fingida. La captación de claves emocionales es una de nuestras principales claves sociales: sabemos si el que nos habla nos está mintiendo no porque comparemos sus palabras con la realidad, sino porque su leve enrojecimiento o conducta nerviosa al narrar el hecho en cuestión es una clave de que tiene miedo de que sea descubierta su mentira. En este sentido, estudios recientes demuestran que las lesiones cerebrales en zonas que regulan las emociones afectan a aspectos tan sutiles de la comunicación social como el sentimiento de confianza y desconfianza que una cara o una expresión facial nos produce. Las personas con este tipo de daños cerebrales no son hábiles a la hora de juzgar caras que suscitarían desconfianza. Además demuestran que evaluamos el grado de confianza que nos merecen las caras de otras personas mediante dispositivos emocionales que actúan automáticamente, con rapidez, sin esperar los juicios racionales que conscientemente hacemos sobre esas caras. Podemos decir entonces que, cuando una persona ve la cara de otra, la mayor o menor activación que se produce en su cerebro emocional influye en si le resulta sincera o mentirosa, fiable o sospechosa, etc.¹³.

Por último, destacar también los trabajos que desde una perspectiva psicológica demuestran que el desarrollo emocional desde la más temprana infancia es la base de un desarrollo cognitivo normal. En este sentido, los estudios de Harris demuestran cómo la atención a las emociones es uno de los estadios precursores en el desarrollo de la mente del niño¹⁴.

Un área más de aplicación es el rediseño de teorías psicoterapeutas: existe una enorme colección de libros psicológicos de autoayuda y otra

¹² Un dilema de acción colectiva es una situación en la cual los intereses privados entran en contradicción con los intereses colectivos, en la que todos o la mayor parte de un grupo actúan de acuerdo con sus intereses individuales y obtienen un resultado peor del que hubieran obtenido si hubieran ignorado su propio interés. Hirshleifer y Frank, por ejemplo, argumentan que algunas conductas motivadas por emociones que aparentemente no obedecen a motivaciones racionales son, en última instancia, consistentes con los intereses del agente en el largo plazo (Hirshleifer, J. 1993: Frank, 1988; 1993).

¹³ Estos trabajos son descritos en Morgado, I. (2007: 95-97).

¹⁴ Harris (2004).

bibliografía relacionada que, con más o menos fortuna, recomienda mediar con las emociones en términos racionales. La línea general de los contenidos de estos libros se ajusta con los desarrollos dentro de la filosofía de Aristóteles sobre la construcción y habituación de la virtud. Aristóteles unió estrechamente las emociones con el juicio y las creencias, y sostuvo que éstas pueden ser cultivadas a través de la educación moral para ser componentes importantes del carácter virtuoso. La posición Aristotélica exige una capacidad de educación sentimental para tener una educación cognitiva suficiente. En este sentido, la acuñación del término «inteligencia emocional», tan en boga en nuestros días, tiene que ver con la idea de lograr un equilibrio entre emoción y razón. Las personas emocionalmente inteligentes saben cuándo procede controlar sus emociones y cuándo procede dejarse arrastrar por ellas. Sin embargo, nunca somos del todo racionales ni plenamente emocionales, sino que se trata de llegar a ese elegante equilibrio.

3. LA CONFIANZA APASIONADA

Se puede decir que la confianza es una actitud básica, ya que preside la totalidad de nuestras interacciones, mediante la cual nos disponemos a la acción como si supiéramos más de lo que podemos saber. Confianza que procede de «fiare», dar la fe, consiste en «arrojarse de un salto a la fe», exige del sujeto que confía un paso a ciegas, le exige dejar en suspenso la propia ignorancia o falta de información, lo vuelve vulnerable a una posible traición. Por tanto, la confianza entraña riesgo. Cuando confiamos nos exponemos a perder las cosas confiadas y a depender de las acciones de aquellos en los que depositamos nuestra confianza. Voluntariamente aceptamos ser vulnerables. «Sentimos» que podemos depender del otro a pesar de que siempre existe la posibilidad de que aquel actúe de una forma inesperada o incluso que nos traicione. La interacción entre seres humanos no precisaría confianza si pudiéramos obtener del otro la información que necesitamos para llevar a buen término el propósito de nuestra relación. Pero la opacidad de la motivación de las intenciones de los otros, y del funcionamiento del sistema social en general, genera el espacio de vulnerabilidad del que depende la confianza. Como señala Giddens, no habría necesidad de confiar en nadie cuyas actividades fueran constantemente visibles y cuyos procesos mentales fueran transparentes, o fiarse de cualquier sistema cuyo funcionamiento fuera completamente conocido o comprendido¹⁵.

¹⁵ Giddens (2002).

La confianza instaaura un terreno de incertidumbre en la relación entre dos sujetos que consiste en una cierta vulnerabilidad; la esperanza de que otro se comporte de cierto modo excluye tanto la seguridad (o certeza epistémica) de que lo hará como una fe irracional e injustificada en que lo hará. Cualquier expectativa hacia el futuro en las relaciones con otros, en las relaciones sociales y personales, implica ciertos deseos, pero también cierto grado de fiabilidad (buenas razones) referida a esas expectativas. La confianza se haya a medio camino entre la seguridad epistémica sobre el futuro y el salto a la fe. Confiar sin base racional no es más que ponerse irracionalmente en manos de otros. Pero sólo porque no hay una garantía de seguridad, sólo porque existe un vínculo de confianza, y sólo por eso la sospecha puede ser desterrada.

Teniendo en cuenta en cuenta la naturaleza de la confianza, cualquier teoría que pretenda dar cuenta de este fenómeno, requiere proporcionar una idea coherente de dos dimensiones que conlleva. En primer lugar, la confianza está basada en un proceso cognitivo que discrimina personas como fiables, no fiables o desconocidas. Valoramos de forma cognitiva aquellos en quienes confiamos, bajo aspectos y circunstancias, sobre la base de «buenas razones» que constituyen la evidencia de su confiabilidad¹⁶. Pero no importa cuánto conocimiento tengamos del otro, ese conocimiento sólo no puede causar que confiemos. Aunque alguna experiencia previa con el otro de la confianza es una condición necesaria para establecer el elemento cognitivo de la confianza, tal experiencia sólo abre la puerta a la confianza sin realmente constituirla. Se hace necesario un salto cognitivo más allá de las expectativas que la razón y la experiencia garantizan. También aparece un componente afectivo en la confianza que consiste en un lazo sentimental que une a todos los que participan en la relación de confianza. Como los lazos afectivos del amor y la amistad, la confianza crea un vínculo social en el cual se vierten emociones, y por eso la traición de la confianza personal en alguien surge con un sentido de indignación. La traición asesta un golpe mortal a la relación en sí misma, no sólo al aspecto de la confianza traicionado. Además, el temor que acompaña a la ausencia de confianza adquiere figuras emocionales reconocibles, como la desesperación o el recelo, lo cual reafirma que puede ser incluida en el universo de las

¹⁶ La mayor parte de las teorías sobre confianza intentan explicar la confianza teniendo en cuenta sólo esta dimensión. La confianza cognitiva sería fundamentalmente un asunto de creencias y expectativas sobre la confiabilidad del otro, sobre la conducta futura del otro, en alguna situación concreta. El esquema sería: A confía en B cognitivamente si A cree o espera que B hará X en la situación S. este tipo de confianza es sensible a la información, a las creencias sobre el depositario de la confianza y a la probabilidad de resultados de una relación de confianza.

emociones humanas. Este componente emocional es característico de todas las relaciones de confianza aunque es más intenso en las relaciones estrechas tales como la amistad o el amor. El contenido emotivo de la confianza contribuye a la plataforma cognitiva desde la cual la confianza es establecida y sostenida. Esta contribución deriva desde el conocimiento de que la violación de la confianza amenaza con un gran daño emocional a los implicados en la relación, incluyendo a los que causan la traición. La confianza ayuda a asegurar en aquellos que confían comparten mutuamente un espacio para compartir emociones, deseos, fines, puesto que, mediante esa confianza, se aseguran sobre las evaluaciones subjetivas de actitudes, acciones e intenciones de los otros.

Todo lo dicho induce a pensar que cualquier profundización en las relaciones de confianza de los sujetos requiere que seamos capaces de ofrecer una imagen coherente del universo afectivo de estos sujetos y una comprensión de cómo intervienen en la estructura motivacional y moral de los mismos. Para explicar el fenómeno de la confianza necesitamos una teoría de las emociones que pueda explicar de qué modo los estados emocionales pueden ser razones para la conducta, puesto que la confianza emocional influye la ejecución de acciones por parte de los sujetos. También, se ha de reconocer cómo las emociones pueden ser adecuadas, correctas y racionales, es decir, hay que explicar los vínculos de las emociones con la racionalidad.

Estas exigencias quedan encarnadas por las conclusiones alcanzadas por Damasio, por las cuales «la emoción es la combinación de un proceso evaluador mental, simple o complejo, con respuestas disposicionales a dicho proceso, la mayoría dirigidas hacia el cuerpo propiamente dicho, que producen un estado corporal emocional, pero también hacia el mismo cerebro, que producen cambios mentales adicionales» (Damasio, 1994: 135).

Las emociones serían una especie de lentes a través de las cuales percibimos el mundo que guían nuestra atención haciendo que ciertas cosas prevalezcan sobre otras. Por tanto, determinan cómo pensamos y juzgamos ciertas cosas. Las emociones no actúan al margen de la razón, sino que la dirigen en cierto modo, estimulando ciertas asociaciones y sugiriendo ciertos patrones de interpretación, lo cual motiva nuestras acciones. Las pasiones no son ni pasivas ni a-racionales; generadoras de acción y sometidas a evaluación y a seguimiento por el sujeto moral, intervienen en la estructuración de la dimensión motivacional de los agentes y sus procesos de deliberación racional. Su educación forma parte de la adquisición por parte de los sujetos

de los hábitos, competencias y carácter morales requeridos en las actitudes adecuadas hacia los otros¹⁷.

La confianza es una actitud optimista que evalúa ante todo el complejo motivacional que influye en las actitudes e intenciones de los otros, y que se apoya para su mantenimiento en las expectativas acerca de estas motivaciones¹⁸. El afecto positivo se convierte en una lente interpretativa que interfiere con la evaluación cognitiva objetiva de la confiabilidad del otro. Una vez que el elemento afectivo en la confianza es tomado en cuenta la parte que confía nunca puede ser completamente racional o justificada, en un sentido cognitivo, cuando predice que un depositario será digno o no de confianza.

Por tanto, el análisis del fenómeno de la confianza sirve para corroborar las tesis que defiende que lo que comúnmente entendemos por racionalidad (razonamiento cognitivo) no sería posible sin emoción. Enfrentado a una realidad que aparece en un extremo como completamente determinada (todo es posible) y en otro extremo como completamente determinada (todo está ya decidido), las emociones aclaran y oscurecen la visión del agente y hacen posible atender a los problemas mediante la racionalidad. A cambio, el agente puede aplicar racionalidad a sus emociones. Aunque el no puede ser capaz de controlar sus sentimientos, puede juzgar si son razonables o apropiados, pero tal juicio no es indiferente al estado emocional en el que son emitidos. Y entonces de nuevo el pensamiento racional revela y refuerza emociones y las hace disponibles como excusas y justificaciones. Esto invalida la tesis de que las emociones y la razón constituyen una dualidad¹⁹.

De igual modo, la inserción de las emociones en el universo moral del sujeto, ya no como apasionada locura, desvío con contrapunto irracional a nuestra naturaleza prístina y pura de seres racionales, resulta más fácil. En la formación de los hábitos que influyen en el universo emocional de los sujetos y en la formación de una competencia moral adecuada reside en último término la racionalidad de los vínculos que comprometen actitudes hacia otros. Es decir, aquel sujeto que no desarrolle los hábitos requeridos en las actitudes y motivaciones interpersonales de la confianza adolece de cierta incompetencia e inmadurez moral.

¹⁷ Sin duda una teoría de este tipo es heredera de la concepción aristotélica de las emociones que plantea en la *Retórica* y en *a Ética a Nicómano*.

¹⁸ Jones (1996).

¹⁹ Esta tesis es sostenida por De Sousa (1987).

BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES (1990). *Retórica*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- ARISTÓTELES (1985). *Ética a Nicómano*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- BAIER, A. (1986). «Trust and Antitrust». *Ethics* 96: 231-260.
- BAIER, A. (1994). *Moral Prejudices: Essays on Ethics*. New York: Cambridge UP.
- BRONCANO, F. (2001). «La Educación Sentimental: o de la difícil cohabitación de razones y emociones». *Isegoría*, 25.
- CASACUBERTA, D. (2001). *Qué es una emoción*. Barcelona: Crítica.
- CASTILLO DEL PINO, C. (1998). *La sospecha*. Madrid: Alianza Universidad.
- COLLINS, R. (1993). «Emotional energy as the common denominator of rational action». *Rationality and Society* 5 (2): 203-230.
- DAMASIO, A. (1994). *El error de Descartes*. Barcelona: Crítica.
- DAMASIO, A. (2005). *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Barcelona: Crítica.
- DE SOUSA, R. (1987). *The Rationality of Emotions*. Cambridge: MIT Press.
- ELSTER, J. (2003). *Tuercas y Tornillos: una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*. Barcelona: Gedisa.
- ELSTER, J. (1999). *Alchemies of the Mind. Rationality and the Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FRANK, R. (1988). *Passions within reason*. New York: Norton.
- FRANK, R. (1993). «The strategic role of emotions: reconciling over- and socialized accounts of behavior». *Rationality and Society* 5 (2): 160-185.
- GIDDENS, A. (2002). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- HARRIS, P. L. (2004). *Los niños y las emociones*. Madrid: Alianza Editorial.
- JONES, K. (1996). «Trust and Affective Attitude». *Ethics*. 107: 4-24
- LEWIS, J. D. and WEIGERT, A. (1985). «Trust as a social reality». *Social Forces*, 63, 967-85.
- LUHMANN, L. (1996). *Confianza*. Barcelona: Anthropos.
- LYONS, W. (1993). *Emoción*. Barcelona: Anthropos.
- NUSSBAUM, M. C. (2008). *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*. Barcelona: Paidós.
- PINKER, S. (2001). *Cómo funciona la mente*. Barcelona: Destino.
- SHELLING, T. C. (1964). *La estrategia del conflicto*. Madrid: Tecnos.